

Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015) ¹

Darío Rodríguez
CREDA / UMR 7227-CNRS / Paris 3
dario.rodriguez@sciencespo.fr





Resumen

Hace ya varias décadas que la idea de la *crisis de la representación política* se ha transformado en la lente conceptual de la que se han servido una variedad de actores para interpretar -y actuar sobre- el presente de las democracias occidentales. Al tiempo entonces que sus fronteras conceptuales se diluyen, más se vuelve imperioso un ejercicio de precisión conceptual para poder pensar los cambios que definen a las democracias en nuestro tiempo. Partiendo del marco teórico propuesto por Manin (1996), identificaremos en este trabajo en qué medida dicho modelo brinda herramientas válidas para interpretar la experiencia democrática en la Argentina reciente y en qué medida es necesario, para abordar este proceso, incorporar nuevos dispositivos de análisis.

Palabras claves: Representación política / Metamorfosis / Crisis / Argentina

Abstract

Since more than a decade various players use the crisis of representation as the main tool to interpret and address the reality of Western democracies. This is why it is important to discuss the changes in today's democracies with conceptual clarity. Starting from the theoretical framework proposed by Manin (1996), we analyse in this article to what extent his scheme is valid to analyse the recent experience of the Argentinian democracy and whether other analytical tools need to be considered.

Keywords: Political Representation / Metamorphosis / Crisis / Argentina

Darío Rodríguez, "Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015)". Cuadernos del Ciesal. Año 14, número 16, enero-diciembre 2017, pp. 139-163.

Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015)

Hace ya varias décadas que la idea de la *crisis de la representación política* se ha transformado en la lente conceptual a través de la cual una variedad de actores (políticos, sociales, económicos, mediáticos...etc.) interpretan -y actúan sobre- el presente de las democracias occidentales. Al igual que otros términos, como el de populismo, su utilización indiscriminada en el debate público produjo su estiramiento conceptual provocando la difusión de sus atributos específicos. Una gama miscelánea de fenómenos actuales como la apatía y el conformismo, pero también el descontento y la desconfianza ciudadanas, y hasta incluso la volatilidad electoral, se han incluido dentro de su vaga circunferencia. Procesos de naturaleza diferente, visibles en la mayoría de los regímenes democráticos, fueron analizados a partir de esta clave interpretativa desde una mirada muchas veces ajena a la particularidad histórica de cada escenario ya sea local, nacional o regional.

En este marco, los diferentes trabajos de Bernard Manin asumen una importancia cierta en su esfuerzo por interpretar la irrupción de cambios en las democracias contemporáneas sin perder por ello la inscripción de este proceso en una temporalidad histórica precisa. Tomando entonces como punto de partida el esquema teórico propuesto por este autor en su obra "*Los principios de gobierno representativo*", nos preguntaremos en estas páginas en qué medida dicho marco resulta válido y operativo para indagar las transformaciones que experimentó el régimen político argentino desde el retorno de la democracia en 1983. Nuestra hipótesis de trabajo es que si algunos autores piensan a la democracia a partir de la idea de la *crisis* (Mineur, 2010)² y otros más bien desde la idea de la *mutación* (Manin, 1996), lo que nos parece más apropiado es avanzar en las pistas de reflexión propuestas por Pousadela (2005 y 2006) y pensar el régimen político argentino tomando en cuenta tanto el devenir de su proceso de mutación como la explosión de su crisis.

Para ello proponemos un plan en tres tiempos. Primero, presentaremos la perspectiva teórico/metodológica a partir de la cual pensaremos el concepto de representación política en su configuración moderna y nos detendremos, en segundo lugar, en el análisis que nos propone Manin (1996) para pensar el gobierno representativo. En tercer lugar, identificaremos los límites de esta visión para abordar la democracia argentina reciente. Cerraremos nuestro estudio con una reflexión final sobre el lugar de los liderazgos presidenciales en el seno de democracias re-personalizadas (Cheresky, 2015) donde la legitimidad de proximidad (Rosanvallon, 2008) se impone como "nueva ideología del lazo social" (Le Bart y Lefebvre, 2005:12).

1. Agradezco a los evaluadores sus valiosos comentarios gracias a los cuales he podido enriquecer versiones previas de este trabajo.

2. Cabe precisar que Mineur (2010) se preocupa por indagar el proceso histórico por el cual la idea de la crisis, antes que un dato nuevo de nuestro tiempo, es sobre todo un atributo constitutivo de la modernidad política. Otros autores, como Touraine (1992) o Schnapper (2004), consideran el dispositivo conceptual de la crisis como vía de entrada para interpretar la novedad en las democracias actuales.



1. Advenimiento de la modernidad: la representación imposible

En la teoría de Hobbes se efectiviza la ruptura de la legitimidad de origen divino como principio de creación de la comunidad política. La realización del contrato social entre los individuos, establecido con el objeto de dar origen al nuevo soberano y a la sociedad, supone ahora la idea de la autorización como fundamento de la autoridad política moderna. La representación se actualiza como principio constitutivo del orden común a través de un movimiento por el cual los súbditos delegan el poder de autogobernarse y, en tanto que ciudadanos, se someten a la voluntad y a la ley impartida por el poder soberano (Hobbes, (1998 [1651]: 121 y ss). Se afirma la indeterminación de los valores subjetivos, al ya no estar establecidos por ningún principio esencia, y la constitución de la unidad política, como producto de la voluntad humana, se realiza a través del acto representativo. La representación se revela así como la mediación de la identidad en un proceso donde la decisión de la institución monárquica crea lo común en tanto “*cuerpo encarnado jurídicamente y simbólicamente en la figura del soberano*” (Rosanvallon, 1998: 20). Representación es entonces aquí personificación y autorización absoluta, sin condiciones ni controles en un proceso donde la sociedad y el Estado son creados al mismo tiempo, como entidades fusionadas. Más tarde, a fines del siglo XVIII, las revoluciones americana y francesa sentarán las bases definitivas de la democracia representativa habilitando la separación de dichas entidades (Manin, 1996: 13).

En este sentido les debemos, primero, a los autores del texto del *Federalista* el diseño de un sistema institucional de contrapesos en el cual la representación política se materializa como mediación de la voluntad popular, nueva fuente de la soberanía. Nace entonces la República moderna como régimen político donde la delegación del poder evita el mal más temido: la tiranía de las mayorías. La representación preserva entonces al régimen naciente evitando las posibles derivas autoritarias que supone la presencia “del pueblo en acto”. Si el principio del ejercicio indirecto de la soberanía popular queda aquí consagrado institucionalmente, algunos años después, en el calor del proceso revolucionario francés, el abate de Sièyes postula otro de los principios constitutivos de la representación moderna: la autonomía de los representantes.

En lo sustancial Sièyes (1982 [1789]) retoma lo planteado por Hobbes al afirmar que la representación supone una operación de abstracción mediante la cual los representantes, autónomos en su juicio y acción frente a los intereses particulares e individuales, construyen al pueblo dotándolo de una voluntad común. Pero a diferencia del teórico de la monarquía absoluta, en las ideas del abate se afirma la separación entre el pueblo soberano y sus representantes habilitando el desarrollo de la doctrina jurídica de la representación y del principio de la elección -y control- de y sobre los gobernantes³. Es a partir de estos elementos que una nueva relación entre representación y crisis se revela como lógica constitutiva de las democracias modernas.

En efecto, tal como sostiene Mineur (2010:17) la artificialidad del orden político y la presentación de la lógica representativa como un principio abstracto es consustancial a la idea de su crisis. En otras pala-

3. Autores enmarcados en la teoría liberal francesa, como Constant y Guizot, serán particularmente sensibles a esta cuestión y propondrán diferentes modelos para gestionar la irresoluble tensión que supone el ejercicio indirecto de la soberanía en todo régimen representativo y democrático (Mineur, 2010: 120-140).

bras, la distancia entre la unidad formal del pueblo y su realidad empírica es posible gracias al proceso de desustancialización de los fines que supone el advenimiento de la política moderna llevando a que el lazo representativo quede expuesto a su cuestionamiento permanente. Según Rosanvallon:

"...El proceso representativo se encuentra así sometido a una doble exigencia contradictoria: implica una obra de construcción de una ficción e induce al mismo tiempo demandas de identificación sensible. La aporía constitutiva del gobierno representativo encuentra aquí su origen, lo que explica que este último esté de una cierta manera en crisis desde su mismo establecimiento..." (1998: 21)⁴.

Si la ficción jurídica hace posible el origen de una sociedad moderna de individuos, ella somete al mismo tiempo a la representación a un trabajo, siempre inacabado, de construcción y figuración del pueblo como sujeto político y no como esencia. Si con la modernidad la relación de representación se desustancializa, ya que será la indeterminación de los principios el nuevo pilar sobre el cual se organizará históricamente la sociedad democrática⁵, dicha relación se vuelve -por ello- imposible (Mineur, 2010: 246). En otros términos, si la crisis de representación se define, en este esquema, como *"el sentimiento de distancia entre los representados y los representantes"* dicha crisis se revela entonces como *"el estado normal del gobierno representativo"* (Mineur, 2010: 17 y ss).

Este escueto recorrido histórico y teórico nos permite hilvanar ahora la idea de representación política tal como será entendida en este trabajo. Al respecto, descartaremos dos visiones muy extendidas sobre la comprensión del tipo de *relación* que este concepto supone. En particular, estas dos visiones se definen por caer en diferentes tipos de reducciones (Novaro, 2000: 19 y 20). La primera es la que adopta la visión de impronta jurídica, en la cual la representación es presentada como una ilusión de tipo subjetiva fundada en las creencias de los gobernantes y los gobernados sin un correlato de tipo normativo que nos permita trascender este nivel de composición. La segunda es de carácter económico, y presenta una idea de la representación como el dispositivo que habilita el intercambio entre dos categorías de individuos particulares, en un marco donde las lógicas del cálculo y la agregación de intereses se extienden al campo de las relaciones de autoridad y de reconocimiento. Ambas perspectivas son tributarias de abordajes que piensan a la representación como puro reflejo y expresión de los intereses y demandas que estructuran lo social. Superando estos límites, la representación política se define aquí en el cruce de dos lógicas: una descendente que revela la acción de tipo performativa de los actores gubernamentales y políticos sobre los representados y otra ascendente donde la voz de estos últimos, como así también sus tradiciones, ideas y pertenencias configuran el contexto histórico, social e institucional en el que se inscribe todo acto representativo (Novaro, 2000: 21).

El planteo de pensar la representación a partir de esta doble lógica es recuperado centralmente por Laclau (1998:101-103)⁶. En su grilla de análisis, la primera lógica se revela en la capacidad instituyente

4. Traducción del original en francés al español por nuestro propios medios.

5. Sobre este punto, ver Lefort (1986:17-32).

6. Latour (2002:155) retoma también la idea del movimiento circular como el atributo que define a la representación al afirmar que la misma se funda en una doble traición: la primera, de los representantes frente a la voz del pueblo dando lugar, a través del ejercicio representativo autónomo y soberano, al pasaje de la multitud a la unidad; la segunda, del pueblo frente a la palabra de los gobernantes, dando origen a la idea de la libertad y permitiendo entonces el pasaje inverso



que supone su despliegue dado que las identificaciones, los intereses y las demandas de los representados asumen siempre una forma incompleta y transitoria; la otra se manifiesta al contrario “desde abajo hacia arriba” ya que ninguna decisión política opera por fuera de los límites contextuales y de sus diferentes condiciones estructurales⁷. Representar entonces nunca es en verdad re-presentar, esto es, que dicho acto no supone sólo volver a presentar lo ya dado, lo ya existente sino que su ejercicio es también creación de aquello que es representado (Pousadela, 2006: 28).

En definitiva, según lo sostenido por esta autora, la representación política supone la existencia de un lazo representativo entre los representados y los representantes atravesado por la tensión constitutiva de un movimiento de tipo circular⁸. Lo que nos permite concebir a dicho lazo como un “concepto frontera” donde los límites móviles entre las lógicas ascendente y descendente se definen en razón de la inscripción específica de la democracia representativa en su tiempo y en su espacio específicos marcando así la primacía de una lógica sobre la otra (Pousadela, 2005: 19). A grandes rasgos y en pocas palabras, las democracias contemporáneas se definen hoy por la emergencia de una “nueva cuestión social” (Rosanvalon, 1995) que se traduce en la fragmentación y en el proceso de individualización que define al universo de los representados, pero además por un proceso de inédita personalización mediática, y finalmente, por el imperio de la lógica de un mundo globalizado, interdependiente e incierto. Considerando esta superficie contextual es entonces la lógica descendente, donde los líderes políticos se afirman en su capacidad performativa, la que asume una relevancia particular en el marco de la “democracia de lo público” (Manin, 1996: 247-302).

2. Mutación representativa y la democracia de lo público⁹

Precisamente este autor sostiene que las democracias actuales experimentan un proceso de mutación y no de crisis de la representación, y este diagnóstico se justifica desde una mirada que propone la construcción de la historia del gobierno representativo:

“..Una curiosa simetría aparece entonces entre la situación actual y la de fines del siglo XIX y la de principios del siglo XX. Hoy, como en ese entonces, se propaga la idea de que la representación está en crisis.

de la unidad a la multitud. Este juego de mediaciones, opacidades y traiciones aparece entonces como el terreno por excelencia donde lo político se despliega como aquella lógica que no se explica por un principio externo, por algún tipo de fundamento ajeno a sí mismo permitiendo entonces que la sociedad se vuelva visible e inteligible gracias a su acción instituyente.

7. Si bien en el clásico estudio de Hanna Pitkin (1985) la representación es pensada también a partir del cruce que suponen, por un lado, la operación de autorización mediante la cual se crea por delegación una autoridad representativa y por el otro lado, la lógica de la responsabilidad y la acción de la rendición de cuentas, la autora critica toda posición formalista y sostiene que la representación política supone antes que nada actuar por los otros de manera sustantiva. Esto supone que si bien la autora concibe el principio de la autonomía de los representantes, el polo decisivo de la relación representativa se sitúa en la capacidad de estos últimos de mostrarse receptivos frente a las demandas de los representados (Pitkin, 1985: 209).

8. Aboy Carles (2001: 45), por su parte, al abordar la naturaleza circular del lazo representativo precisa que su despliegue no puede ser pensado como un juego sucesivo de momentos.

9. Retomamos aquí los argumentos expuestos en otros trabajos, particularmente en Rodríguez (2014).

Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015)

Este paralelo sugiere la hipótesis de que asistimos hoy no tanto a una crisis de la representación sino a la crisis de una forma particular del gobierno representativo, la que se estableció hacia el fin del siglo XIX en la huella que deja la creación de los partidos de masa... (Manin, 1996: 251)¹⁰.

Lo que se revela entonces hoy como novedoso y disruptivo, Manin lo inscribe en la normalidad del desarrollo histórico del gobierno representativo tomando como casos de estudio las experiencias de las democracias occidentales y europeas. No hay crisis del lazo representativo en la actualidad sino simplemente la entrada en un nuevo modelo de democracia¹¹. Si por un lado el argumento de Manin se inscribe en la temporalidad histórica para contextualizar el sentimiento de crisis reinante, por el otro, su justificación teórica y metodológica supone la presentación formal de diferentes principios que encarnan la esencia del gobierno representativo, desde sus orígenes hasta nuestros días. Si la crisis de representación supone la dilución de estos principios, la posibilidad de verificar su presencia y su vigencia en las democracias actuales valida automáticamente la hipótesis de la mutación representativa. En otras palabras, si estos principios organizan todavía la vida de nuestras democracias representativas, esto constituye una prueba suficiente de que el lazo representativo existe, y que por ende, no está en crisis.

Los principios que identifica Manin para definir al gobierno representativo y justificar su argumento lógico en favor de la existencia -nuevamente- de un proceso de mutación de la representación política son cuatro. Para empezar, el principio de la elección a través del voto como pilar esencial de la legitimidad ascendente, de tipo individual, y así entonces, moderna. Mediante este principio se consagra la igualdad jurídica de todos los ciudadanos sin negar por ello la presencia de una relación asimétrica: el electorado en su ejercicio indirecto de la soberanía debe identificar y creer en la existencia de una cualidad distintiva en el candidato que aspira a devenir representante de la comunidad política (Manin, 1996: 180-182). El segundo hace alusión al principio de la autonomía de los representantes en virtud del cual se decreta la supresión del mandato imperativo. Esto habilita, gracias al ejercicio de la decisión política, la composición de una voluntad común trascendiendo, atendiendo y reconfigurando los intereses sociales, particulares y corporativos. El tercer principio, la libertad de la opinión pública, alude a la acción de control, de presión y de movilización pública¹². El último principio, el de la discusión pública, remite al establecimiento de políticas gubernamentales como resultado del debate parlamentario¹³. Es el examen de estos principios, a lo largo de la historia de los siglos XIX y XX, lo que nos permitirá identificar la forma específica que asume el lazo representativo en cada modelo del gobierno representativo. Concentrándonos en el proceso de metamorfosis actual, Manin lo piensa tomando en cuenta el ocaso de la vieja "democracia de partidos" y la emergencia de un nuevo modelo: "democracia de lo público"¹⁴.

10. Traducción del original en francés al español por nuestros propios medios.

11. Recordemos que en el esquema teórico de Manin dichos modelos son tipos ideales inspirados directamente en la metodología weberiana (Manin, 1996 : 259).

12. Este principio, junto con el de la elección, permite que los representantes se vuelvan "responsables" por sus actos.

13. Sobre el carácter problemático de este principio en las democracias actuales, ver Manin (1996: 252-259).

14. Cabe aclarar que este pasaje es tan poco lineal como evidentemente dilemático. La potencia heurística del esquema metodológico de Manin reside precisamente en la posibilidad de interpretar la especificidad histórica de escenas nacio-



Lo que concretamente se desarticuló en este pasaje, según este autor, fue la existencia de un formato de representación definido por la acción de organizados partidos de masas, anclados en consistentes realidades socio-culturales, que lograban expresar políticamente las identidades y los intereses de sectores y de grupos antagónicos. En este contexto, los electores votaban en función de su identificación político-ideológica, expresada en articulados programas partidarios y adquirida naturalmente dada su inscripción en una determinada comunidad de valores. Lógicamente, el fenómeno que distinguió a este tipo de formato representativo era la estabilidad de los comportamientos electorales y la organización de sistemas políticos que asumían un formato bipartidista, o a lo sumo bipolar, donde imperaba la lealtad y la disciplina partidaria, y donde las elecciones se presentaban como escenarios en los que simplemente se confirmaba una identidad previa (Manin, 1996: 264-279).

La democracia de lo público, por el contrario, es un modelo establecido al calor del proceso de desestructuración de las sociedades de masas industrializadas y de la crisis de los partidos políticos como mecanismos agregadores de identidades articuladas en términos sociales y culturales. Así entonces, se caracteriza por la emergencia de nuevas identificaciones políticas marcadas por su carácter fragmentario y volátil. La configuración de una sociedad desprovista de aquellas categorías sociales que antes la habían dotado de un importante grado de articulación produjo importantes cambios en los vínculos entre los representantes y los representados. Concretamente, dichos lazos se someten ahora una constante interpelación por parte de ciudadanos desenclavados de sus clásicas posiciones sociales. Pero también estos lazos se despartidizan: el voto deja de ser el reflejo en el terreno político-electoral de una identidad partidaria preexistente¹⁵ y, en lugar de esta última, es la oferta política la que pasa a cumplir un rol determinante en el proceso de definición de las preferencias electorales (Manin, 1996: 284). Se afirma el despliegue entonces de un comportamiento electoral organizado a partir de la imagen pública que logran construir los candidatos en escenas políticas mediatizadas configurando de este modo un electorado cada vez más fluctuante. Esto se relaciona al mismo tiempo con la posibilidad de que se constituya un tipo de voto autónomo y reflexivo. Es decir que emerja un electorado cuyas preferencias dejen de estar supuestas en función de su correspondencia con su inscripción social y con su pertenencia a una determinada familia política, para estar sometidas ahora a un proceso de decisión permanente en el contexto específico que define a cada acto electoral¹⁶.

En pocas palabras, los rasgos esenciales que caracterizan a este nuevo formato son, primero, la emergencia de identidades políticas que experimentaron un progresivo proceso de desarticulación, perdiendo su siempre relativa coherencia y homogeneidad; segundo, la existencia de líderes políticos que se relacionaron de manera cada vez más directa con la ciudadanía, en el marco de un espacio

nales y locales a partir de su comparación con cada forma tipológica del gobierno representativo.

15. Sobre el proceso de desarticulación y debilitamiento de las identidades partidarias en las democracias industriales más desarrolladas, ver Dalton (2008) y Katz y Mair (2008).

16. Tal como sostiene Aboy Carlés (2001a: 390) la constitución de dicho electorado, y en definitiva la emergencia de una ciudadanía independiente cuya base es la deliberación reflexiva y argumentativa, no resulta directamente del proceso de relajamiento de los lazos sociales tradicionales. Evidentemente, en este punto el planteo de Manin adolece de una cierta simplificación al presentar de manera mecánica la relación entre estos dos fenómenos.

público mediatizado¹⁷; y por último, la expresión de preferencias electorales que se caracterizaron por presentar un carácter fluctuante y selectivo. En definitiva, en razón de todo esto, los lazos de representación experimentan un innegable proceso de re-personalización en este tipo de formato (Manin, 1996: 279).

3. ¿Crisis o/y mutación de la representación? El caso argentino (1983-2015)

En este apartado, para empezar, se propone un ejercicio de inscripción contextual del modelo de Manin a la hora de pensar el devenir de la democracia argentina desde su retorno definitivo en 1983. Nos preguntamos, simplemente, qué aspectos distintivos definen al proceso de mutación de la representación cuando intentamos interpretar los avatares de la normalización democrática en Argentina. En efecto, todo trabajo de contextualización e identificación de las lógicas propias de los actores que redefinen cada escenario ya sea local, nacional o regional es un paso imprescindible si queremos evitar una simple importación de modelos ignorando cómo los mismos se traducen en la lengua propia de cada escena específica. En este ejercicio, pondremos entonces a prueba nuestra hipótesis de trabajo, en línea con los trabajos de Pousadela (2005 y 2006), para quién -como se señaló- mutación y crisis conviven y se superponen reconfigurando los relieves que distinguen la experiencia de la democracia argentina reciente. Pero como bien destaca esta autora, la coexistencia de estos fenómenos no debe llevarnos a confundir su naturaleza específica:

“...la metamorfosis de la representación es un proceso de largo alcance que abarca al conjunto de las democracias contemporáneas y que supone cambios radicales en las formas de constitución de las identidades políticas, en las relaciones que se establecen entre líderes y partidos y entre ambos y la ciudadanía, y en el rol de los medios de comunicación; la crisis de representación es, en cambio, un fenómeno explosivo y acotado -tanto en el tiempo como en el espacio- que se caracteriza por la ausencia de reconocimiento del lazo representativo por parte de los representados...” (Pousadela, 2006 : 10).

Si el primer proceso es un fenómeno gradual y general propio de las democracias occidentales hoy en día¹⁸, el segundo revela aspectos específicos a cada caso histórico. Si para Manin (1996) debemos hablar de metamorfosis y para Mineur (2010) lo que define a la representación moderna es, precisamente, su crisis; Pousadela (2005 y 2006) articula estos conceptos pensando tanto aquello que muta como aquello que irrumpe alterando la normalidad democrática y revelando una lógica nueva. Pasemos entonces a la presentación del conjunto de elementos que distinguió al proceso de institucionalización de la democracia argentina identificando las dimensiones que ilustraron tanto un proceso de

17. En la idea de Manin de un “nuevo espacio público” ocupa un lugar clave una dimensión de tipo deliberativa que se despliega en el escenario político inaugurado por la emergencia de las lógicas mediáticas y la crisis de las pasadas identidades partidarias. Esta dimensión nos resulta evidentemente problemática para aplicarla sin reservas en el contexto latinoamericano y particularmente en el caso argentino.

18. Claro está que existen múltiples y variadas direcciones desde donde se puede pensar la configuración actual que define a las sociedades democráticas, en términos generales y desde un punto de vista político. La opción por la entrada aquí propuesta (la mutación registrada en los formatos representativos) se justifica en función de su correspondencia con los objetivos básicos de nuestro trabajo.



mutación de la representación política como la irrupción de su crisis. Para ello, ilustraremos nuestro estudio con una breve mención tanto de los procesos electorales (1989, 1995, 1999, 2003-2015) como de diferentes escenas de movilización y procesos de participación ciudadana (1990, 2001, 2002, 2004-2015)¹⁹.

La democracia argentina se definió, durante las largas décadas, por la ausencia de un sistema regularizado de competencia electoral entre sus diferentes partidos políticos (De Riz, 1989: 35 y ss)²⁰. Dicha situación fue el producto del modo en el que los sectores populares se incorporaron al sistema dando cuenta de la constitución de un espacio político dicotómico donde primó la lógica de la exclusión entre las fuerzas políticas (Barros, 2002: 46). El origen del peronismo y las reacciones que el mismo produjo en el campo opositor configuraron un “juego imposible” que minó la legitimidad del régimen democrático argentino (O’Donnell, 1975: 180-213). Así, los sucesivos golpes militares se repitieron impidiendo la constitución de un patrón estable de interacción partidaria y configurando una frágil democracia en términos institucionales. Sin embargo, la ausencia de consolidación de un sistema partidario no impidió que la democracia argentina se organizara sobre la base de una forma de sociedad que se correspondió con el modelo de la democracia de partidos (Pousadela, 2005: 219). De hecho, dicotómicas identidades partidarias, relativamente estables y estructuradas en torno a clivajes sociales y culturales más o menos nítidos, configuraron la escena política nacional dando forma a una lógica política de tipo movimientista²¹. Este primer rasgo da cuenta entonces de la debilidad intrínseca que marcó desde siempre a los partidos políticos argentinos (en tanto actores institucionales que canalizan y agregan las demandas ciudadanas) y de la importancia que en su lugar ocuparon, en la estructuración de la vida política nacional, los liderazgos de tipo personalista.

Fue sólo a partir de 1983 que se estableció un modelo de representación política de tipo partidario al desactivarse la lógica fundada en el simple peso de las “mayorías naturales” (Cheresky y Pousadela, 2004: 17). La derrota del peronismo, por primera vez en comicios libres y sin proscripciones, estableció la inauguración de un nuevo tiempo político donde el voto ciudadano se afirmó como dispositivo privilegiado de legitimidad en la resolución de conflictos. Como producto de esto, se trastocaron tanto los principios del sentido común político respecto del voto ciudadano, como las certezas sobre las prácticas políticas que daban inteligibilidad al juego partidario (Vommaro, 2006: 249) quebrando de esta forma la “ley de hierro electoral” que había reinado hasta ese entonces (Acuña, 1993: 13). Las identidades políticas se vieron desvanecidas en su consistencia y las elecciones dejaron de ser meros terrenos donde se confirmaba aquello que ya se sabía, que se daba por supuesto, para pasar

19. En clave metodológica, cabe precisar que consideramos a estos procesos, así como a los datos de opinión pública, como los indicadores privilegiados de los fenómenos estudiados. Esto no supone ignorar que cuando hablamos de “crisis de representación” hay que tomar en cuenta no sólo la intensidad del fenómeno sino además qué se mide; es decir, por ejemplo, si los estudios se basan en las percepciones ciudadanas frente a la política en general o frente a los diferentes actores o de cara a las instituciones de la democracia representativa en particular.

20. Abal Medina (1995) identifica también como rasgo característico del caso argentino la ausencia de un sistema de partidos. Una posición contraria podemos encontrarla en Grossi y Gritti (1989).

21. Nos referimos con dicho clivaje a un tipo de juego político en donde impera una lógica de un antagonismo radical en la cual las fuerzas políticas no se reconocen como partes del sistema, sino que por el contrario, negando la legitimidad de su oponente político, aspiran a su representación monopólica.

a ser escenarios donde los lazos de representación se reproducen recreando voluntades mayoritarias, siempre contingentes (Pousadela, 2005: 221). En definitiva se volvió posible el establecimiento, finalmente, de un tipo de representación institucionalizada centrada en el rol central del parlamento y de los partidos, actores a través de los cuales se pretendió organizar el curso de la vida política²². De la mano de este proceso, se reforzó lógicamente el esquema de competencia política bipartidista en el que tanto el justicialismo como el radicalismo parecieron afirmarse como canales fundamentales para la expresión de las preferencias electorales²³ y, por ende, como instancias constitutivas de las identidades políticas (Quiroga, 2006: 34). Pero esta euforia partidaria duró apenas algunos años.

El conjunto de transformaciones generales en la vida política que acompañó al proceso de mediación progresiva del espacio público (Wolton, 1989:28)²⁴ llevó a que entre en escena una nueva forma de *demos*, ya no el fundado en el pueblo sustancial o en los electorados partidarios, sino aquel que tomaba a "la gente" (en tanto agregado inconexo de expresiones evanescentes) como pilar de la legitimidad democrática (Vommaro, 2008 : 5). Es decir que cuando apenas empezaba a consolidarse el formato propio de la "democracia de partidos", el mismo comenzó a mutar y otro formato, el de la "democracia de lo público", empezó a revelar sus primeros signos de vida. En otros términos, la regularización institucional del régimen político argentino fue acompañada por una metamorfosis del formato partidario de representación política (Pousadela, 2005: 200) pero asimismo por el origen de un proceso de desencanto ciudadano frente a los partidos en el contexto, particularmente, de la dramática crisis hiperinflacionista en la cual el candidato justicialista, Carlos Menem, logró el acceso a la presidencia²⁵.

En sintonía con este particular contexto, Menem edificó durante la campaña presidencial de 1989 la imagen de una figura representativa ajena al mundo de la política partidaria²⁶ sorteando las me-

22. En este proceso cabe incluir el proceso de la renovación peronista que se desarrolló durante los años ochenta y que tuvo como meta la "partidización" y normalización del peronismo. Para un estudio sobre los alcances y límites de este proceso, ver Altamirano (2004).

23. Tal como ilustra Mustapic (2002: 167), el PJ y la UCR concentraron el 91.9% del voto y el 79.7% en las elecciones presidenciales de 1983 y 1989, respectivamente, y porcentajes que alcanzaron un máximo de 85.8% y un mínimo de un 72.9% en los diferentes comicios legislativos que se sucedieron durante dicha década.

24. A los cambios ya aludidos a partir de la presentación del modelo de la democracia de lo público (Manin, 1996 : 279-308) cabe incluir también diferentes procesos que operaron en paralelo, como el curso acelerado del proceso de globalización (Beck, 2004) y la persistente fragmentación de lo social (Rosanvallon, 1995 y Castel, 1997).

25. Si en mayo de 1984 la imagen positiva de los partidos políticos era del 84% mientras que la negativa era del 14%; en abril de 1985 su imagen positiva era del 80% mientras que la negativa era del 17%; en agosto de 1985 la imagen positiva era del 77% y la negativa era del 21%; en abril de 1986 la imagen positiva era del 77% y la negativa era del 21%; dos años después la imagen positiva había caído al 70% y la negativa se elevó al 27% y finalmente en junio de 1988, la imagen positiva era del 63% mientras que la negativa era del 35% (Catterberg, 1991: 56).

26. Según una encuesta de opinión, publicada en el diario Clarín, aquellos votantes que no sabían por quién votar ya representaban el 39% del electorado a principios de 1989, sumando en ese momento más adeptos que los dos partidos mayoritarios (Fuente: Clarín, 29/1/89). En este proceso, estas formas de interpelación convivieron con su participación en las multitudinarias caravanas y al comando del "Menemovil", donde se consumaba el rito festivo mediante el cual Menem se adentraba en el espacio cotidiano del electorado más popular, bendiciendo a los niños, realizando declaraciones de amor y prometiendo la salvación de todos los argentinos.



diciaciones institucionales y encarnando directamente al pueblo electoral. A través de una técnica de exposición mediática constante, el lazo que buscó instalar se edificó en torno al contacto inmediato con el electorado peronista, y en base a la interpelación más general de un nuevo actor: la opinión pública²⁷. Este conjunto de prácticas, que se volvieron visibles en la campaña, fueron nuevamente puestas en escena cuando, ya en el gobierno, Menem apeló al apoyo directo de dicho actor para respaldar su proyecto de reforma del Estado en clave neoliberal.

Efectivamente, para principios del mes de abril del segundo año de gobierno, la histórica Plaza de Mayo se vio desbordada por una multitud superior a los 60.000 ciudadanos que se reunieron para expresar su adhesión al rumbo gubernamental (Clarín, 7/4/90)²⁸. Miles de personas manifestaron así su adhesión al presidente Carlos Menem recreando un lazo directo con su persona y ensalzando su independencia frente a cualquier tipo de maquinaria política o presión corporativo-sindical²⁹. También, por supuesto, hubo una cantidad importante de sectores de origen popular, identificados con el peronismo y movilizados a través de su estructura, que por primera vez compartían la Plaza con los miembros de los estratos más acomodados de la ciudad. Extrañamente, en este acontecimiento público, los polos de la escala social se encontraron en la misma vereda política unidos en la identificación con la figura de Carlos Menem. Se anticiparon de esta forma los rasgos centrales de la composición de la coalición política en la que se respaldó electoralmente el ex-presidente y que se fue conformando al calor de los diferentes comicios legislativos para encontrar, en las elecciones presidenciales de 1995, su forma más acabada (Gervasoni, 1998: 9). Fue también en estos comicios donde si por un lado el Partido Justicialista (PJ) consolidó su dominio electoral permitiendo la reelección de Carlos Menem, por el otro, irrumpió en la escena nacional una nueva fuerza política (el FREPASO) cuyo precipitado ascenso nos permite ilustrar, nuevamente, el curso del proceso de metamorfosis de la representación política.

Esta fuerza, que tuvo su origen en la creación de un primer agrupamiento (el Frente Grande) en 1993, logró alcanzar en mayo de 1995 un 28.4% de los votos quedando por detrás del PJ, pero logrando relegar al histórico partido radical (UCR) al tercer lugar³⁰. Dicho proceso confirmó entonces el desplie-

27. Tal como destaca Pousadela (2005: 231) en las elecciones presidenciales de 1989 puede ya observarse un uso extendido de las encuestas electorales a la hora de definir las estrategias de los partidos políticos y la construcción de la imagen del candidato frente al electorado. Dando cuenta también de este proceso Vommaro (2008: 67) destaca el nuevo lugar que en la composición de la escena electoral que pasa a ocupar la figura del indeciso y del elector independiente; razón misma, precisamente, que explica el establecimiento de estos nuevos dispositivos tecnológicos a la hora de dar visibilidad al nuevo "demos democrático".

28. Los diarios nacionales dieron cuenta efectivamente de la inédita presencia de los sectores independientes en el acto tratándose principalmente de una movilización de apoyo a un presidente de signo peronista (Fuente: Clarín y La Nación, 7/04/90). Reflejo de esto es el presente fragmento del discurso de Menem en dicho acto público, donde comenzó diciendo: "*Hermanas y hermanos de mi Patria, no he preparado un discurso, no vengo aquí a expresarme a través de palabras gastadas, no vengo a hablar en nombre de un partido, o de un grupo de partidos, o de un gobierno...*" (Fuente: Diario Clarín, 7/4/1990).

29. Respaldando esto cabe mencionar la encuesta de opinión realizada durante la Marcha del Sí y publicada en un diario nacional, según la cual el 63% de los participantes expresó que en ese momento votaría por Menem y sólo el 10% que lo haría por el Partido Justicialista (Fuente: Encuesta realizada por la FUCADE, Diario Clarín, 15/4/1989).

30. Recordemos que en dicha elección Menem obtuvo una victoria categórica ganando en todos los distritos y sumando

Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015)

que de transformaciones en el comportamiento del electorado y en el sistema partidario en razón del peso que comenzaba a ejercer un votante independiente, atraído por los lazos de representación fluctuantes (re)construidos por un tipo de liderazgo mediático abiertamente despegado de las tradicionales identidades partidarias. Sin una estructura territorial y con una base militante débil, el FREPASO se correspondió directamente con el modelo de los partidos profesionales-electorales teorizado por Panebianco (1988)³¹ donde los líderes partidarios buscan construir su popularidad a partir de la interpelación directa al ciudadano-televidente (Pousadela, 2005 : 237).

El curso de este proceso de re-personalización de la representación quedó asimismo plasmado durante el siguiente turno electoral presidencial, en mayo de 1999, donde las encuestas y los sondeos de opinión ocuparon un lugar clave como dispositivo organizador de la campaña. En efecto: *"...las elecciones de 1999 acabaron de poner en su sitio todos los elementos que componen el nuevo escenario de la democracia de audiencia..."* (Pousadela, 2005 : 243). La construcción de la imagen del candidato se ubicó como nunca antes como dispositivo privilegiado para seducir mediáticamente al electorado en un contexto donde los consultores y expertos en marketing lograron su legitimación definitiva como "lectores de la opinión". Respaldados en una legitimidad técnica, estos actores se volvieron los intérpretes privilegiados de "lo que quiere la gente" (Vommaro, 2008) en el marco de una campaña donde el proceso de mediatización alcanzó un punto inédito (Quevedo, 1999). Fue de este modo en torno de la opinión construida por los sondeos que los diferentes actores partidarios y mediáticos fueron diseñando y descartando sus estrategias en la disputa por volver inteligible la escena electoral y lograr captar la voluntad del electorado. En este sentido, la victoria de la ALIANZA (unión del FREPASO y de la UCR) con un 48.3%, en mayo de 1999, frente a un peronismo dividido, coronó el reinado de estas nuevas lógicas de construcción de las escenas electorales decretando el fin de la década menemista.

Apenas dos años después de esta victoria, en la que el PJ fue condenado por primera vez en su historia a abandonar democráticamente el poder, dando cuenta de otro hito clave en la consolidación institucional del régimen político argentino, los comicios legislativos de 2001 y las protestas de ese mismo año revelaron no sólo el curso sostenido del proceso de mutación de la representación ya aludido sino, fundamentalmente, la inédita irrupción de su crisis (Pousadela, 2005: 269).

Las elecciones de 2001 se presentaron como aquella ventana de oportunidad que hizo posible que el descontento y la insatisfacción reinante frente al gobierno de la ALIANZA se transformara ahora en una incontestable expresión de la situación de crisis. Ya en la campaña electoral primó un generalizado clima de frustración frente al curso de la economía doméstica y de cara a una dirigencia política que aparecía, para buena parte del electorado, poblada por las mismas figuras de siempre, y sobre todo, alejada e incapaz de mostrarse receptiva frente a sus reclamos³². Además, la crítica generalizada

el 49.9 % de los votos, luego lo siguieron el FREPASO con un apoyo del 29.3% y la UCR con un respaldo apenas del 16.9% (Fuente: Ministerio del Interior, Secretaría electoral, República Argentina).

31. Otros autores como Abal Medina (2009: 357-375) han preferido caracterizar a esta fuerza directamente como un "partido de opinión" en razón de su formato organizativo flexible, poco institucionalizado y verticalista.

32. Dando cuenta del imperio de este clima de descontento podemos tomar los datos que se desprenden de una encuesta realizada por la empresa *Gallup*, a principios del año 2002, en los distritos de Capital, de Gran Buenos Aires y de distintas ciudades del interior, donde el 26% de los consultados manifestaba el deseo de emigrar, porcentaje que superaba en 10 %



al gobierno dirigida por parte del conjunto de los partidos de oposición, pero también por parte de las fuerzas que integraban la ALIANZA, llevó a la configuración de un escenario en donde las líneas de diferenciación política se desvanecieron³³. Pero si esta sensación de crisis ya estuvo presente en el clima de la campaña, la misma se expresó de forma decisiva a través de los sorprendentes resultados que estas elecciones arrojaron. Concretamente nos referimos a los inéditos porcentajes que alcanzaron en dichos comicios tanto la suma del voto nulo y del voto blanco (el llamado “voto bronca”) como el índice de abstención electoral. Entre aquellos votantes que decidieron no ir a votar y los que optaron por ir, pero lo hicieron de forma negativa, es decir no eligiendo a ningún candidato perteneciente a algún partido político, las cifras fueron superiores al 40% de los votantes habilitados. Este porcentaje superó incluso al voto por el PJ y por la UCR (en alianza con el FREPASO) cuya suma apenas alcanzó el 34.6% de los sufragios. Además, dichos resultados dieron cuenta de un record de electores habilitados que decidieron no concurrir a los comicios, alcanzando casi el 25% del padrón en el caso del voto a los candidatos a diputados nacionales y registrando un aumento de más del 6% respecto de los valores de 1999³⁴. Por primera vez en la historia de la Argentina, la suma del voto negativo (el voto en blanco más el voto nulo) y el índice de abstención electoral alcanzaba esta magnitud en un contexto de plena vigencia de comicios libres y competitivos (Basset, 2003: 60). En definitiva, dando cuenta de los trazos novedosos de este proceso, si al porcentaje de la abstención se le suma el 23.9% de voto negativo (casi cuatro millones y medio de electores) podemos presentar un cuadro claro del rechazo que sufrió la dirigencia política toda³⁵. Pero este comportamiento de activo cuestionamiento expresado a través de los mecanismos electorales fue apenas la punta del iceberg del proceso que marcó la vuelta de una parte de población a la vida pública³⁶.

puntos a los valores registrados cinco años antes. Dentro de este conjunto se desatacaban a su vez los jóvenes y los grupos pertenecientes a los sectores más ricos en términos socio-económicos (Fuente: www.nuevamayoria.com, 18/2/02). Rápidamente, apenas un mes más tarde, más de la mitad de los argentinos (53.5%) expresaba su deseo de abandonar el país, según una encuesta realizada por la consultora Giacobe & Asociados (Fuente: www.nuevamayoria.com, 18/3/02).

33. Como ejemplo de esto cabe mencionar la posición que adoptó el candidato oficialista a senador por la Capital Federal, Roberto Terragno quién organizó su campaña sobre la base de un abierto ataque al proyecto del gobierno nacional, o la de Raúl Alfonsín, candidato a senador por la Provincia de Buenos Aires, quién si bien se mostró en una posición crítica al curso de las políticas oficiales, aún se inscribió en un discurso desde el cual se alentaba la posibilidad de lograr un cambio de rumbo en la orientación del modelo a partir del establecimiento de un “esquema de cooperación de emergencia” entre las diferentes fuerzas políticas.

34. Fuente: Ministerio del Interior, Secretaría electoral, República Argentina.

35. Analizando los resultados electorales, en los que el PJ se alzó con la victoria con un 36.3% de los votos superando a la Alianza, que sólo alcanzó el 23.3%, queda claro que no todas las fuerzas políticas sufrieron el mismo rechazo. Sin embargo, si tomamos los porcentajes obtenidos por el peronismo en los comicios de 1999, en el plano legislativo, podemos observar que el PJ perdió un poco más de medio millón de votos, cifra que igualmente resultó muy inferior a la caída de la Alianza que se vio privada del respaldo de más de cuatro millones y medio de votos en los comicios legislativos de 2001 (Torre, 2003:8).

36. Ciertamente es que, tal como lo destaca el estudio de Peruzzotti (1998: 296), desde mediados de la propia década del noventa se constató el origen de nuevas formas de politicidad en la sociedad argentina que han permitido contrarrestar en cierta medida las tendencias delegativas en ella imperantes y conceptualizadas por O'Donnell (1991). En este proceso cabe también mencionar el nuevo activismo social que tuvo como protagonista a los diferentes organizaciones de desocupados y que dará origen, hacia fines de la década, al movimiento piquetero (Svampa y Pereyra, 2003).

Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015)

En definitiva, fueron las movilizaciones populares que provocaron la renuncia del presidente De la Rúa, a fines de diciembre de 2001, las que inauguraron este nuevo protagonismo ciudadano expresado a través de su acción de interpelación directa al poder en el marco de un espacio público renovado. Si bien el sentimiento de desconfianza frente a las mediaciones partidarias en Argentina se nos presenta como un fenómeno que data de principios de la década del noventa, fue en los albores del nuevo siglo que el mismo adquirió una naturaleza distintiva. Fue en ese particular contexto, signado por repetidas y sostenidas movilizaciones ciudadanas que se prolongaron entre diciembre de 2001 y fines del año 2002, que se puso en escena de manera inédita el malestar imperante contra los partidos políticos, minando la legitimidad de estas estructuras en tanto actores capaces de expresar las demandas de la ciudadanía y de poder gobernar en favor del bien público. En este marco, este tipo de acción pública se destacó por su novedad, primero, al definirse por su carácter espontáneo, inesperado y reactivo a cualquier formato preestablecido de organización. Los ciudadanos que participaron de estas movilizaciones se sintieron así los verdaderos protagonistas de una gesta histórica unificados en su rechazo a la dirigencia política toda, identificada como una clase, como un estrato separado y ajeno a la sociedad. Bajo el lema *"que se vayan todos, que no quede ni uno solo"* se materializó el cuestionamiento a la existencia del lazo representativo vía el rechazo a dicha "clase política", vista como corrupta e ineficiente a partir de una posición donde la sociedad apareció victimizada e identificada con un relato de evidente tono moral (Wilks y Vommaro, 2002: 111). Sin embargo, más allá del rol unificante que haya podido cumplir dicho slogan, una segunda característica fundamental de este proceso fue la multiplicidad de sentidos que circularon sin que fuera posible su sutura, sin que los mismos puedan ser sintetizados gracias a la acción superadora y trascendente de algún actor o grupo privilegiado. Si bien la presencia de los sectores medios fue el rasgo distintivo de estos procesos de movilización, en su interior convivió una notable diversidad de situaciones sociales, pertenencias culturales e identificaciones partidarias configurándose un agregado político heterogéneo e indefinido cuyas fronteras sólo pudieron ser trazadas en su oposición radical a la denostada "clase política".

En paralelo a estas movilizaciones que se fueron repitiendo en diferentes puntos del país, siendo las de la Ciudad de Buenos Aires las más masivas y las que contaron así con la mayor visibilidad pública, se fue articulando otra forma de experiencia democrática -localizada ahora territorialmente- como una suerte de subproducto organizativo del espontaneísmo que marcó a las jornadas de diciembre (Pousadela, 2005). Nos referimos, al centenar de asambleas barriales que germinaron en puntos claves de la ciudad capital, en diferentes municipios del conurbano bonaerense y en distintas ciudades del interior del país durante principios del año 2002 emergiendo como originales escenarios de "toma de la palabra" (Schuster *et al.*, 2005) donde sus participantes hicieron oír su voz, haciendo circular sus reclamos, sus demandas pero también sus miedos y frustraciones, y articulando de este modo inéditas prácticas de intercambio colectivo (Pousadela, 2011)³⁷.

37. Según el Informe del Centro Nueva Mayoría (www.nuevamayoria.com.ar) en marzo de 2002 se registraban un total de 272 asambleas barriales las cuales se concentraron principalmente en la Ciudad de Buenos Aires (41%), el conurbano bonaerense (39%) y en la Provincia de Santa Fe (14%). Pocos meses después, en agosto de 2002, el número de Asambleas había ascendido a 329 concentrándose el 41% en la Ciudad de Buenos Aires, el 37% en el conurbano bonaerense y el 10% en la Provincia de Santa Fe (Fuente: Nueva Mayoría, Informe de Coyuntura, 06/09/02).



Reproduciendo y multiplicando la heterogeneidad que definió antes a los cacerolazos, las mismas se construyeron como inéditos espacios de deliberación ciudadana donde si aquello que pudo emparentarlas fue la crítica a la representación en tanto instancia de mediación, las formas de dotar de un sentido a este planteo dieron cuenta, en cambio, de patentes diferencias. En este sentido, las distinciones más sociales (donde la auto-denominación como asamblea de tipo barrial o popular se presentó como su reflejo más evidente) y la manifiesta variedad que definió a cada una de ellas (en términos de las consignas enunciadas o sus prácticas de funcionamiento) dieron cuenta de la imposibilidad de pensar este fenómeno excepcional de activación política en términos de la construcción de un sujeto unificado. Diferentes tipos de tensiones fueron así articulando y redefiniendo esta particular experiencia dando cuenta de su complejidad y de su riqueza.

En definitiva, estos actos de desobediencia civil presentaron atisbos de politización en tanto se planteó un cuestionamiento de lo dado, del sentido natural de las cosas, pero al mismo tiempo, comportaron diversos sentidos anti-políticos, principalmente en el rechazo a la representación y en su anhelo de establecer el "autogobierno del pueblo"³⁸. Pero además, estos actos de movilización ciudadana marcaron la entrada definitiva en la "era de la desconfianza" (Rosanvallon, 2006: 9-31), donde nuevos patrones de legitimidad política asentados no tanto en la delegación, sino en la sospecha permanente frente a las acciones de los gobernantes y la ausencia de identificación respecto de las mediaciones partidarias³⁹, irán moldeando los originales modos de intervención ciudadana en el espacio público (Cheresky, 2006). Poco menos de dos años después de la renuncia del ex presidente De La Rúa, los comicios presidenciales de 2003 no sólo permitieron establecer una fórmula de salida a la crisis política que estalló en diciembre de 2001, sino que decretarán asimismo la entrada, nuevamente, al proceso gradual y de largo plazo definido por la mutación de los formatos representativos.

En términos generales, los resultados de estas elecciones revelaron por una parte un neto proceso de fragmentación en la distribución de las preferencias electorales⁴⁰. Los partidos tradicionales de nuestro sistema (el PJ y la UCR) quedaron diluidos en su presencia frente al imperio estelar que deten-

38. Esto no supone ignorar que en dichas experiencias se desplegó todo un debate en torno de la viabilidad a la hora de pensar la negación de la representación existente dando cuenta de críticas más o menos radicales al principio de delegación política y al de la autonomía de los representantes. Al respecto, ver Pousadela (2011).

39. Tal como refleja una encuesta publicada por la consultora Gallup un contundente 87% del electorado manifestaba no sentirse representada por ningún partido político. Respecto de las identificaciones partidarias un 53% se declaraba como independiente, un 23% como peronista y apenas un 6% como radical (La Nación, 30/6/2002). Al mismo tiempo, diferentes estudios de opinión confirmaban el quiebre del lazo representativo. Por ejemplo, según una encuesta realizada por la consultora Gallup, el 52% de los encuestados expresaba que no confiaba "nada" en los políticos, mientras que el 41% decía confiar "poco" (Fuente: www.nuevamayoria.com, Indicadores de opinión pública, 7/1/02). Ahora bien, este cuestionamiento a la "clase política" no suponía un abierto rechazo al régimen democrático, el cual según un sondeo realizado por la misma consultora, recibía el 65% de apoyo de la población, aunque sólo el 8% expresaba encontrarse satisfecho con su funcionamiento (Fuente: www.nuevamayoria.com, Indicadores de opinión pública, 30/9/02).

40. Recordemos que en dichos comicios Carlos Menem logró alzarse con la victoria, reuniendo un 24.45% de los votos; Néstor Kirchner ocupó el segundo lugar con un 22.24%, seguido por el candidato López Murphy con un 16.37%; el tercer cuarto quedó en manos de Rodríguez Saa con un 14.11% y, por una mínima diferencia, sumando el 14.05% de los votos, Elisa Carrió quedó relegada al último puesto del pelotón de los presidenciables (Fuente: Ministerio del Interior, Secretaría electoral, República Argentina).

taron en la constitución de la escena electoral las diferentes personalidades políticas (Cheresky, 2004: 52). En estas elecciones, a diferencia de lo ocurrido en los comicios legislativos de 2001, se registró por otra parte un porcentaje casi inexistente de voto negativo. El ausentismo electoral fue de sólo el 12.8%, apenas por encima del promedio histórico, y el voto en banco registró un insignificante 0.99%, cifra menor al 3.9% registrado en las elecciones de 1999⁴¹. En contraste entonces con los comicios de 2001 donde el protagonista exclusivo fue el llamado "voto bronca", los fenómenos antes mencionados dieron cuenta del predominio en las presidenciales de 2003 de un proceso de metamorfosis de la representación antes que la irrupción de un momento de crisis (Pousadela, 2005). En definitiva, estos comicios reflejaron el curso de importantes cambios en la vida política en términos de la volatilidad y fluctuación del electorado, y de la desarticulación del sistema partidario, pero la ausencia notoria de una renovación en el seno de la clase dirigente. Al cabo de dicho proceso electoral, "se quedaron todos".

Si nos detenemos ahora en los diferentes ciclos electorales que se sucedieron desde la victoria de Néstor Kirchner hasta el cierre del segundo mandato de su esposa, Cristina de Kirchner, en diciembre de 2015, resulta claro el curso sostenido del proceso de mutación representativa confirmando la presencia en la vida política argentina de aquellas dimensiones constitutivas del modelo de la "democracia de lo público" (Manin, 1996). Prueba de ello fue, en sintonía con lo registrado en anteriores comicios, la consolidación de un votante fluctuante y volátil como actor privilegiado de la escena electoral. Es decir, un votante no necesariamente más informado ni reflexivo pero sí guiado por los climas de opinión que organizan hoy un espacio político indiscutiblemente mediatizado. En otras palabras, un electorado que define su voto en reacción a la oferta electoral y a los ejes temáticos que proponen, coyunturalmente, líderes de perfil mediático en el curso de la campaña⁴².

Para empezar, fue en las elecciones de renovación legislativas de 2009 donde el protagonismo de este tipo de electorado fue nuevamente decisivo. En un contexto marcado por la merma de la popularidad presidencial como consecuencia del conflicto con los sectores agropecuarios, durante el año 2008, el gobierno nacional diseñó una estrategia en dos tiempos. Por un lado se buscó provincializar la elección nacional estableciendo la candidatura como primer diputado nacional del ex presidente Kirchner en el terreno donde se libraba la "madre de todas las batallas": la provincia de Buenos Aires. Pero por el otro lado, dicha candidatura produjo inevitablemente la nacionalización de la elección en la provincia. No obstante esto, las estrategias oficiales no arrojaron los resultados esperados. La victoria de De Narváez representando un nuevo armado en alianza con el partido PRO⁴³ decretó la primera derrota del kirchnerismo en este distrito y confirmó la composición de una escena electoral cada vez más volátil y fluctuante incluso en uno de los territorios clásicos de la "democracia de los partidos"⁴⁴.

41. Fuente: Ministerio del Interior, Secretaría electoral, República Argentina.

42. Aclaremos que esto no supone ignorar la presencia en dichas figuras de una lógica territorial como estrategia de acumulación política ahora reconfigurada en su inscripción en las nuevas escenas electorales.

43. Fuerza política creada en 2005 por el actual presidente argentino, Mauricio Macri.

44. Sobre los cambios que se vienen registrando en un distrito donde las identidades partidarias parecieron siempre más arraigadas y donde la lógica de las maquinarias políticas parecieron anular cualquier expresión de la sorpresa electoral, ver Rodríguez (2009:165-200); Rodríguez y Gattoni (2009:201-234).



Apelando directamente a la opinión pública, desde un mensaje sin anclaje partidario y sirviéndose de un conjunto fragmentado y desarticulado de aparatos políticos flotantes, el empresario De Naváez obtuvo el 34.5% de los votos superando a la fórmula oficial del Frente para la Victoria (FPV) por más de dos puntos porcentuales⁴⁵. Con el respaldo principalmente del interior de la provincia, menos poblado, de extracción rural y antiguo bastión del radicalismo, dicho candidato logró una victoria histórica proyectándose directamente a la escena nacional. Pero en estos tiempos donde el ascenso de candidatos de perfil mediático es tan vertiginoso como abrupta su caída, su popularidad sufrió el costo de sus repetidas inconsistencias, de sus idas y vueltas, del tejido de alianzas puramente coyunturales y pragmáticas, y su atractivo electoral se fue diluyendo progresivamente en los comicios legislativos de 2011 y 2013.

Precisamente, en estas últimas elecciones fue otro candidato, Sergio Massa, de otro armado político, el Frente Renovador (FR), que logró -confirmando el proceso de fragmentación acelerada del peronismo- encarnar las esperanzas de este electorado más independiente, obteniendo un 43.9% de los votos y superando por más de diez puntos al candidato del FPV ahora en alianza con el PJ⁴⁶. Dos años después, en los comicios presidenciales de 2015, una nueva ruptura respecto de lo que se presentó como un clásico patrón de funcionamiento de la política provincial se confirmó con la inédita victoria en las elecciones para gobernador de María Eugenia Vidal, representando a la coalición Cambiemos, pero también en el escenario nacional donde, por primera vez desde el regreso de la democracia, un candidato ni peronista ni radical logró el acceso a la presidencia del país. Mauricio Macri consumó su victoria venciendo al candidato del FPV, Daniel Scioli, en segunda vuelta e inaugurando una inédita experiencia de alternancia política en la vida democrática argentina. Esto puso en cuestión asimismo una hipótesis de trabajo muy generalizada entre los analistas electorales. Aquella que sostiene que es la movilización de los recursos políticos, en manos exclusiva del peronismo, la variable explicativa exclusiva de la distribución del poder electoral en Argentina. Este proceso electoral suma nueva evidencia para respaldar, en cambio, el planteo de Pousadela cuando afirmaba, estudiando el proceso electoral 2003, que en las nuevas escenas electorales: *"...la opinión lidera y los aparatos vienen detrás..."* (2005 : 299).

El rápido repaso de los diferentes procesos electorales nos brinda pruebas suficientes para respaldar la hipótesis de trabajo según la cual la democracia argentina vive un proceso acelerado de metamorfosis de la representación⁴⁷. La escenificación de su crisis, entendida como el cuestionamiento directo del lazo representativo, parece hoy superada aunque la amenaza de su reaparición permanece como una posibilidad latente en el terreno menos sólido que define a la democracias de lo público⁴⁸ y en el

45. Fuente: Ministerio del Interior, Secretaría electoral, República Argentina.

46. Fuente: Ministerio del Interior, Secretaría electoral, República Argentina.

47. Esto no supone ignorar las diferencias en términos de prácticas políticas y de composición del electorado que existen entre los diferentes distritos electorales del país, es decir, entre los principales centros urbanos y las zonas menos pobladas y rurales. Si el proceso aludido se expresa centralmente en los primeros, encuentra en los segundos distintas limitaciones estructurales para su expresión.

48. Prueba de ello son los datos más recientes de la opinión pública sobre las instituciones a de la democracia representativa. Por ejemplo, según la información de Latinobarómetro, 39% declaraba en 2015 tener poca confianza en los partidos

marco de la configuración de un tipo de ciudadanía que se mantiene en una posición de control y de desconfianza frente a los representantes políticos.

Mencionemos, para terminar, que este nuevo protagonismo ciudadano fue particularmente activo luego de las jornadas de diciembre 2001 y hasta nuestros días. En este rico y complejo proceso participaron una importante variedad de actores que presionaron, interpelaron, pero también apoyaron a las diferentes gestiones kirchneristas que se sucedieron desde abril 2003 ilustrando nuevas lógicas de intervención pública. Podemos mencionar primero las marchas ciudadanas organizadas en torno de reclamos puntuales, como el de la seguridad en 2004, que luego se actualizaron en el cuestionamiento al gobierno presidido por Cristina de Kirchner en la escenificación de los masivos y públicos cacerolazos de septiembre y noviembre de 2012, pero también en la multitudinaria marcha de abril 2013 donde el recurso a las nuevas tecnologías se reinventó particularmente como mecanismo de coordinación y articulación de la acción colectiva. Segundo, la acción de los actores del nuevo mundo sindical expresando tanto el apoyo orgánico a la gestión de Néstor Kirchner, en mayo 2006, como también cuestionando el mandato presidencial de su esposa, tal como lo ilustró la realización de los primeros paros generales en 2012 y en 2014. Por último, “el conflicto de las papeleras” y el “conflicto con los sectores agropecuarios” marcaron la agenda pública de gobierno entre los años 2007 y 2010, año donde la muerte de Néstor Kirchner generó un inédito proceso de movilización y duelo colectivo en el cual nuevos protagonistas, como los sectores de la juventud, se volvieron visibles⁴⁹.

4. Palabras finales: liderazgos y democracia continua

La pregunta de investigación que estructuró este trabajo supuso la puesta a prueba del esquema analítico de Manin (1996) para pensar el devenir de la experiencia democrática argentina desde su refundación en 1983 hasta nuestros días. En pocas palabras, dicho modelo nos permitió inscribir aquello que distingue a las escenas democráticas contemporáneas en la escala temporal de largo aliento que marcó al origen del gobierno representativo, evitando una fascinación apresurada frente a determinados fenómenos que, lejos de ser nuevos, se inscriben en la temporalidad histórica del problemático proceso por el cual la democracia se volvió moderna y representativa. En este esquema, la “crisis de la representación” pasa a ser redefinida, más bien, como la creencia de una ciudadanía que se revela desconcertada ante, simplemente, una nueva metamorfosis de los formatos representativos. En definitiva, Manin inscribe en su planteo el cambio de los formatos en la continuidad de los principios. En otro tipo de miradas como la de Mineur (2010), entre otras, el argumento expuesto es diferente: la representación moderna supone el ejercicio del cuestionamiento público, por ello entonces el lazo representativo se encuentra siempre expuesto a su crisis.

políticos y 40% ninguna. Si bien estos datos son menos alarmantes que en 2002, los mismos confirman una misma tendencia que se registra desde 2005 (Fuente: Latinobarómetro, 2015)

49. Para un análisis en detalle sobre el conjunto de estos procesos ver, entre otros, Natalucci y Pérez (2010), Etchemendy (2013) y Cheresky (2015).



Una primera pregunta que surge a partir de esto remite a los usos del término “crisis de representación”. Es decir, cómo definimos este fenómeno, crónicamente polisémico, dado el estatuto que el mismo ha adquirido en tanto clave de lectura privilegiada por diferentes actores para interpretar y actuar sobre el presente de la experiencia democrática (Mazeaud, 2014:11-23). Si la crisis supone la desaparición de alguno principios que organizan el gobierno representativo o si la misma alude al sentimiento de distancia entre los representantes y los representados (Mineur, 2010: 27) su utilización como clave interpretativa de la democracia de hoy en día puede estar más o menos justificada. En definitiva, nos parece que el problema del que adolecen este tipo de visiones es de perder la posibilidad de identificar lo que se revela como distinto sin negar por ello lo que permanece. En esta línea, el planteo propuesto por Pousadela (2005 y 2006) que identifica la superposición entre procesos y momentos nos pareció entonces una entrada estimulante para interpretar la tensión antes planteada entre novedad y normalidad tomando como punto de partida la identificación de fenómenos de diferente naturaleza.

Lo que nos parece pertinente ahora, para cerrar nuestro estudio, es pensar cómo esta tensión entre crisis y metamorfosis se inscribe hoy en el paradójico terreno de la democracia de proximidad (Rosanvallón, 2008)⁵⁰. Es decir, un escenario donde los representantes se sirven de la legitimidad de proximidad como recurso político para dar respuestas a una ciudadanía que, como nunca antes, expresa su desconfianza frente al mundo de la política reproducida “desde arriba”. En definitiva, si consideramos a la proximidad como aquella estrategia que moldea hoy en día el lazo social recreando una nueva ficción representativa (la de la fusión candidato / elector) como respuesta frente a la verticalidad y la impersonalidad del poder (Le Bart y Lefebvre, 2005:12) el devenir de la democracia se vuelve crónicamente impreciso.

En un mundo social cada vez más fragmentado y plural, y en tiempos políticos y globales cada vez más inciertos, los liderazgos y la construcción de lazos representativos de identificación y autoridad se vuelven ineludibles para recrear la confianza de los ciudadanos y permitir la composición de lo común, del « *vivre-ensemble* ». En este contexto también, cabe advertir sobre los riesgos que acarrearán las utopías anti-políticas que suponen al pueblo en acto como actor soberano de nuestras democracias, librado ahora y definitivamente del peso distorsivo que imponen las mediaciones representativas. En este sentido, si hoy la recreación de la legitimidad política no se limita al momento de voto sino que se vuelve permanente, dando cuenta de una configuración de una ciudadanía cada vez más vigilante y desconfiada en el territorio de una “democracia continua” (Cheresky, 2015: 113), se vuelve imperioso evitar una posible e inconducente deriva: la pretensión de anular la representación política exaltando la acción inmediata del pueblo. Antes que desaparecer, la representación política deberá, una vez más, reinventarse.

50. Al plantear este análisis, el foco de Rosanvallón (2006 y 2008) se centra en la identificación de aquellas lógicas que hoy irrumpen dotando de un nuevo sentido a los principios de legitimidad política para pensar la emergencia de una nueva forma de representación. Si bien entonces su planteo puede emparentarse con el de Manin (1996), su entrada metodológica, en lo que respecta a las dimensiones de análisis seleccionadas para pensar las formas democráticas actuales, es distinta.

Bibliografía

- ABAL MEDINA, JUAN MANUEL (1995) "La normalización del sistema partidario argentino". En SIDI-CARO, Ricardo y MAYER, Jorge, *Política y sociedad en los años del Menemismo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1995, pp. 175-197.
- ABAL MEDINA, JUAN MANUEL, "The rise and fall of the Argentine centre-left: the Crisis of Frente Grande". En *Party Politics*, Vol. 15, No.3, 2009, pp.357-375.
- ABOY CARLES, GERARDO (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- ABOY CARLES, GERARDO (2001a): "El ágora turbia: reflexiones sobre populismo y ciudadanía en Argentina". En CHERESKY, Isidoro; POUSADELA, Inés, *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós, pp.383-393.
- ACUÑA, CARLOS, "Argentina. Hacia un nuevo modelo". En *Nueva Sociedad*, No. 126, 1993, pp. 11-24.
- ALTAMIRANO, CARLOS (2004): "La lucha por la idea": el proyecto de la renovación peronista". En NOVVARO, Marcos; PALERMO, Vicente (compiladores), *La historia reciente: Argentina en democracia*, pp. 59-76.
- BASSET, YANN (2003): "Abstención y voto negativo. De la interpretación sociológica a la lógica política". En CHERESKY, Isidoro y BLANQUER, Jean-Michel (compiladores), *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*, Rosario, Homo Sapiens, pp.53-71.
- BARROS, SEBASTIÁN (2002): *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Alción.
- CASTEL, ROBERT (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós.
- CATTERBERG, EDGARDO (1991): *Argentina confronts politics: political culture and public opinion in the Argentine transition to democracy*, London, Lynne Rienner.
- CHERESKY, ISIDORO (2003): "Las elecciones nacionales de 1999 y 2001. Fluctuación del voto, debilitamiento de la cohesión partidaria y crisis de representación" En CHERESKY, Isidoro; BLANQUER, Jean-Michel (compiladores), *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 19-51.
- CHERESKY, ISIDORO; POUSADELA, INÉS (2004): "La incertidumbre organizada. Elecciones y competencia política en Argentina (1983-2003)". En CHERESKY, Isidoro y POUSADELA, Inés, *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Buenos Aires, Biblos, pp. 13-34.
- CHERESKY, ISIDORO (2004): "De la crisis de representación al liderazgo presidencialista. Alcances y límites de la salida electoral de 2003". En CHERESKY, Isidoro y POUSADELA, Inés, *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Buenos Aires, Biblos, pp. 35-65.



CHERESKY, ISIDORO (2015): *El nuevo rostro de la democracia*, Buenos Aires, FCE.

DALTON, RUSSEL (2008): *Citizen Politics. Public Opinion and Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, University of California, CQ Press, Fifth Edition, Washington.

DE RIZ, LILIANA (1989): "Política y partidos. Ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay". En CAVAROZZI, Marcelo y GARRETÓN, Manuel, *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur*, Flacso, Chile, pp.35-78.

ETCHEMENDY, SEBASTIÁN (2013): "El sindicalismo argentino en la era pos-liberal (2003-2011)". En DE LUCA, Miguel y MALAMUD, Andrés (coord.), *La política en tiempos de los Kirchner*, Buenos Aires, Eudeba, pp.155-165.

GATTONI, SOLEDAD; RODRÍGUEZ, DARÍO (2009): "Créase o no: alternancia política y desagregación de los poderes locales en el conurbano bonaerense (2005-2007)". En CHERESKY, Isidoro (compilador), *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 201-233.

GERVASONI, CARLOS (1998): "*Del distribucionismo al neoliberalismo. Los cambios en la coalición electoral menemista durante el gobierno de Menem*". En el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Estudios Latinoamericanos, Chicago.

GROSSI, MARÍA; GRITTI, ROBERTO, "Los partidos frente a una democracia difícil: la evolución del sistema partidario en Argentina". En *Crítica & Utopía*, No.18, 1989, pp. 27-62.

HOBBS, THOMAS (1998) [1651]: *Leviatán: o la material, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, FCE.

KATZ, RICHARD; MAIR, PETER (2008) : « La transformation des modèles d'organisation et de démocratie dans les partis. L'émergence du parti-cartel ». En AUCANTE, Yohann et al., *Les systèmes de partis dans les démocraties occidentales*, Presses de Sciences Po, pp. 35-64.

LACLAU, ERNESTO (1998): « Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía ». En *Deconstrucción y pragmatismo*, Chantal Mouffe, directora, Buenos Aires, Paidós.

LATOUR, BRUNO: « Si l'on parlait un peu politique ». En *Politix*, No. 58, 2002, pp.143-165.

LEFORT, CLAUDE (1985): *Essais sur le politique. XIX^e-XX^e siècles*, Paris, Editions du Seuil.

LE BART, CHRISTIAN et LEFEBVRE, REMI (2005): « *Une nouvelle grandeur politique ?* ». En LE BART, Christian et LEFEBVRE, Rémi (dirs.), *La proximité en politique : usages, rhétoriques, pratiques*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.

MANIN, BERNARD (1996): *Principes du gouvernement représentatif*, Paris, Flammarion.

MAZEAUD, ALICE (2014): « Introduction. Au-delà de la crise, les modalités pratiques de la représentation politique ». En *Pratiques de la représentation politique* », MAZEAUD, Alice (dir.), PUR, Rennes, pp.11-23.

Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015)

MINEUR, DIDIER (2010): *Archéologie de la représentation politique*, Paris, Presses de Sciences Po.

MUSTAPIC, ANA MARÍA, Argentina: la crisis de representación y los partidos políticos. En *América latina Hoy*, Universidad de Salamanca, Vol.32, 2002, pp.163-183.

NATALUCCI, ANA y PÉREZ, GERMÁN: La matriz movimientista de la acción colectiva en Argentina: la experiencia del espacio militante en Argentina. En *América latina Hoy*, Universidad de Salamanca, Vol.54, 2010, pp. 97-112.

NOVARO, MARCOS (2000): *Representación y liderazgos en las democracias contemporáneas*. Rosario, Homo Sapiens.

O'DONNELL, GUILLERMO (1975): *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós.

O'DONNELL, GUILLERMO: ¿Democracia delegativa? En *Novos Estudos*, CEBRAP, São Pablo, No.31, 1991, pp.25-40.

PANEBIANCO, ANGELO (1988): *Political Parties: organization and power*, University of Cambridge Press.

PERUZZOTTI, ENRIQUE: "Menemismo y reforma. Revisando el modelo de la democracia delegativa", *Revista Lua Nova*, No.48, 1998, pp. 163-234.

PITKIN, HANNAH (1985): *El concepto de la representación*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

POUSADELA, INÉS (2005): "*Metamorfosis en la representación política en la Argentina contemporánea*", Tesis de doctorado, Universidad de Belgrano, Buenos Aires.

POUSADELA, INÉS (2006): "Que se vayan todos. Enigmas de la representación política", Buenos Aires, Colección Clave para todos, Capital Intelectual,

POUSADELA, INÉS (2011): *Entre la deliberación y la terapia de grupo: la experiencia de las asambleas barriales-populares en la Argentina de la crisis*, Buenos Aires, CLACSO.

QUEVEDO, LUIS (1999): "La campaña de los récords". En *Clarín digital*, 18/10/99.

QUIROGA, HUGO (2006): "La política en tiempos de democracia y dictadura". En QUIROGA, Hugo y TCACH, Cesar, *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 69-96.

RODRIGUEZ, DARIO: "El liderazgo y las nuevas formas políticas. Balance teórico y lente conceptual", *Colección Documentos de Trabajo*, No23, 2014, Instituto Iberoamericano, Universidad de Salamanca, pp.1-47.

RODRÍGUEZ, DARÍO (2009): "Un nuevo capítulo de la crisis de los partidos bonaerenses: acción del liderazgo presidencial y fragmentación política en el proceso electoral 2007". En CHERESKY, Isidoro



(compilador), *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 165-199.

ROSANVALLON, PIERRE (1995): *La Nueva Cuestión social*, Buenos Aires, Manantial.

ROSANVALLON, PIERRE (1998): *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, Gallimard, Paris.

ROSANVALLON, PIERRE (2006): *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la méfiance*, Paris, Éditions du Seuil.

ROSANVALLON, PIERRE (2008): *La légitimité démocratique. Impartialité, réflexivité, proximité*. Paris, Éditions du Seuil.

SCHNAPPER, DOMINIQUE (2004): *La democracia providencial. Ensayo sobre la igualdad contemporánea*, Rosario, Homo Sapiens.

SCHUTER, FEDERICO et al., (2005): *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.

SIÈYES, EMMANUEL (1982) [1789]: *Qu'est ce que le Tiers État ? Essais sur les privilèges*, Paris, Presses Universitaires de France.

SVAMPA, MARISTELLA; PEREYRA, SEBASTIÁN (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.

TORRE, JUAN CARLOS: "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria". En *Desarrollo Económico*, Vol.42, No.168, 2003, pp. 647-665.

TOURAINE, ALAIN (1992): "Comunicación política y crisis de representatividad". En WOLTON, Dominique et al., *El Nuevo Espacio Público*, Barcelona, Gedisa, pp.45-56

VOMMARO, GABRIEL y Wilkis, ARIEL (2002): "De la crisis política a la acción. El sentido de lo político en las movilizaciones populares recientes". En BATTISTINI, Osvaldo, *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la argentina movilizada*, Buenos Aires, Trabajo y Sociedad, pp. 101-121.

VOMMARO, GABRIEL (2006): "Cuando el pasado es superado por el presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en Argentina". En PUCCIARELLI, Alfredo (coordinador), *Los años de Alfonsín ¿el poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 245-288.

VOMMARO, GABRIEL (2008): *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en argentina (1983-1999)*, Buenos Aires, Prometeo.

WAISBORD, SILVIO (1995): *El gran desfile. Campañas electorales y medios de comunicación en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015)

WOLTON, DOMINIQUE, « Communication politique: la construction d'un modèle ». En *HERMES*, Vol.4, No 27, 1989, pp.27-42.

Otras fuentes consultadas:

Diarios La Nación y Clarín, 1983-2015.

Informes Nueva Mayoría, 2001-2002.

Informes Latinobarómetro, 2002-2015.

Ministerio del Interior, Secretaría Electoral, República Argentina, 1983-2015.